

dolorosa voz y sus gemidos van á estrellarse entre las rocas de una naturaleza inanimada ¡el corazón no tiene oídos! parece ha muerto para la virtud! No seáis vosotros, ó jóvenes, número de esos desventurados: emplead la oración, elevad al Señor vuestra inocente plegaria este es un deber imprescindible, pues de Dios habéis recibido todo, y sin su auxilio en vano esperaréis entrar fuertes y seguros en el tortuoso sendero de la vida.

También pertenece al culto público la veneración, y el respeto que se debe á los sacerdotes.

El ejemplo de este deber nos lo ofrecen aun las sociedades mas bárbaras. Los Brachmanes son un testimonio de esta verdad: los Druidas veneraban á sus sacerdotes como depositarios del saber; á ellos les encomendaban sus preces, y á sus piés deponían sus lágrimas para que las elevaran á la luna, á esa Vestal de la noche á quien creían una divinidad.

Los Egipcios oían de la boca de sus sacerdotes el anuncio de su porvenir, y solo á ellos les era permitido quemar incienso en los altares de sus dioses. Pues bien: si los idólatras, los que vagaban en las sombras de la ignorancia y del gentilismo respetaban á los ministros

de sus divinidades ¿no es cierto, que el que se llama católico, debe necesariamente respetar y venerar á los ministros del Crucificado? ¿pues qué, una convicción infundada como la de los gentiles respecto de Dios, tendría mas influencia en el corazón, que la verdad misma? ¿pues qué los destellos del Calvario, ó el gemido de un hombre Dios muriendo por el hombre, gemido que aun parece resuena en aquella funesta soledad, tiene ménos imperio en el corazón cristiano, que las iniquidades de los hijos de las tinieblas? Es verdad que hay una multitud ilusa, que se esfuerza diariamente en deprimir y predicar contra el clero católico; la corrupción de su corazón les hace mirar en tales ministros, el tropiezo, el obstáculo para sus miras; la ansiedad de una libertad mal entendida que no es sino la esclavitud á sus ideas desoladoras, los obliga, puede decirse; á procurar de mil modos la extinción del sacerdote. Si aman á la verdadera Divinidad, ¿por qué se rehusa el respeto á sus ministros? Olvidan, sin duda, la conexión que el sacerdote tiene con el Eterno; olvidan sin duda, que el sacerdocio es una dignidad heroica, y que para adquirirla ha tenido el hombre que desprenderse aun de las mas sencillas é inocentes ilusiones de la vida. El altar y las

dolencias humanas, ¡he aquí su único recurso! Las tempestades, los desiertos, las asperezas no son obstáculo para llevar al lecho del moribundo los dulces consuelos de la religión. La cabecera del desgraciado, la oscuridad del calabozo, los peligros de la guerra, el insomnio, el hambre, el cansancio y alguna vez aun las enfermedades, nada basta para obligarle á derramar por todas partes los tesoros del que nos redimió en el Gólgota.

Hombre como todos, está sugeto á las mismas pasiones, tambien asaltan á su corazón, acaso con mas fuerza, los deseos, las aspiraciones, que agitan generalmente á la humanidad.

Acaso alguno llorará en el silencio del claustro, al pié de los altares, y con una penitencia dura expiará los tristes deslices de su juventud pasada. Encanecido entre las sombrías paredes de un monasterio, allí, encorvado por los años, sin pensar mas que en Dios y en sus hermanos muere, legando á la posteridad un ejemplo de abnegacion la mas terrible de sí mismo. Hizo estrellarse las pasiones en las sagradas paredes del santuario; puso coto al torrente mundanal; enfrenó el torvellino impuro de las agitaciones humanas corrompidas y despues de haber hecho el bien que pudo, espira esparciendo

aroma de su virtud, como la flor, que al martirizarse, parece manda á los vientos el último perfume de su caliz, que se seca; y este hombre venerable, esta víctima santa, ¿no merece respeto? Una criatura ejerciendo un ministerio santo, y colocada entre la espada del impio; un hombre desprendido de sí mismo, olvidado aun de las afecciones que le son permitidas á todos los hombres, esperando en la tierra solo una amarilla recompensa; ¿no habrá merecido en la carrera de sus sacrificios un solo tributo de veneracion?

Solo á la impiedad inconsecuente le está reservado dirigir sus tiros contra los ministros del Dios verdadero.

„Amad y respetad al Eterno” esclama ella: pero a sus ministros exterminadlos, porque sus doctrinas no convienen con nuestras pasiones, su existencia es el obstáculo para el progreso, para la ilustracion y engrandecimiento de las naciones” ¿y quiénes fueron los que en los siglos de barbarie establecieron escuelas para los niños? ¿quiénes desenterraron de las ruinas de los tiempos de los Totilas los recuerdos encantadores de las ciencias y aun de las artes? ¿quiénes en los tiempos del corcel y de la adarga, dulcificaron con sus lecciones el ca-

racter feroz aun de los Reyes, que solo soñaba con los torneos y el homenaje á la muger amada? preguntesele á esa época sombría, y donde quiera, en todas partes, está estampada la huella del sacerdote: los subterranos, los bosques, las ciudades, todo testifica que el sacerdote, fue como el astro que vino á disipar las sombras de la noche fatal de aquellos tiempos.

No obstante, no se estime este mérito; no se vea este servicio, contémplese solo como ministro de Dios, constituido para ser su intérprete, para presentarle nuestras plegarias, y darnos el bien que nunca termina, y esta reflexión basta para convencernos que debiendo tributar á Dios un culto público, este es en parte imperfecto, si al sacerdote no se le guarda el respeto, que se le debe. Con relacion á Dios reclama justamente nuestra consideracion, quien quiera blasonar de cristiano, debe llamarle su amigo y pedirle sus consejos. El que desprecia y la ingratitude deben enmudecer á la vista de su mision, y conduciendonos por él hasta el sepulcro ¡plegue á Dios, él mismo sierra nuestros ojos, al sueño tranquilo de la muerte.

DEBERES DEL HOMBRE

PARA CON LOS DEMAS.

Por un efecto de las leyes de la naturaleza, los hombres dependemos necesariamente unos de otros, de manera, que todas nuestras operaciones deben tender al bien público, al bien de la sociedad que nos rodea. Apenas se anuncia nuestra entrada en la vida, y ya hay un ser amable, un ser previsor y diligente que cuida de nosotros con ternura, espia nuestros mas ligeros movimientos para ir en nuestro socorro, el sueño huye de sus párpados, el dia lo emplea en preparar nuestros pequeños vestidos, y puede decirse es un constante centinela, que vela por nuestra conservacion: nos nutre consigo misma é imprime sin cesar en nuestra